

Opinión

La lectura en tiempos de virus



JORDI NADAL

JORDI NADAL

06/04/2020 01:07 | Actualizado a 06/04/2020 02:31

Tres semanas de confinamiento ya. Nos prometimos – víctimas del autoengaño– tener tiempo para leer *Guerra y paz* en la primera semana. Confesémoslo: no ha sido así, y, sin embargo, conviene recordarnos razones que avalan el beneficio de la lectura.

En este contexto, en el que todos tenemos que saber qué papel debe ocupar la lectura en el contexto personal y familiar, vale la pena mencionar la *Declaración de Stavanger sobre el futuro de la lectura*. A finales del 2018, en ese pueblo noruego se hizo público el resultado de un estudio en el que 130 investigadores europeos se manifestaron a favor de una lectura más intensiva en papel, porque tiene ventajas notorias sobre la lectura en pantalla. La pantalla y el papel impreso no tienen el mismo valor como medios de lectura.

El papel va a seguir siendo el preferido para textos largos, sobre todo cuando se trata de una comprensión profunda de lo que se lee y de conservar su contenido. El papel es también el medio más importante para leer escritos largos e informativos. En la investigación se demuestra que la lectura de largo aliento tiene un “valor incalculable”, puesto que estimula diversas funciones cognitivas como la concentración, la adquisición de nuevo vocabulario y la memoria. Sabemos que la lectura en pantalla seguirá aumentando, y por eso es urgente encontrar formas de facilitar la lectura profunda de textos largos a través de la pantalla. Sin lectura profunda estamos cada vez más desamparados. Siempre es vigente la frase de Emerson: “Al patinar sobre hielo delgado, nuestra seguridad está en nuestra velocidad”. Es decir, si nos detenemos nos hundimos. Pensemos en la similitud y fragilidad de la pantalla digital y esa capa fina de hielo helado: se pueden resquebrajar.

Leer nos ofrece compañía en horas de dureza, nos da aire fresco y limpio cuando soplan vientos sucios

Un metaestudio con más de 170.000 participantes demostró que la comprensión de textos largos informativos mejora cuando se leen en papel, en especial cuando los lectores

tienen poco tiempo. Contrariamente a las expectativas con respecto al comportamiento de los nativos digitales, la inferioridad de la pantalla frente al papel ha aumentado en los últimos años, independientemente de la edad y la experiencia previa en entornos digitales.

La declaración de Stavanger exige que los estudiantes aprendan estrategias que podrían usar para ayudarlos a leer profundamente y mejorar los procesos de lectura en dispositivos digitales. Continúa siendo importante que las escuelas y las bibliotecas escolares sigan motivando a los estudiantes a leer libros impresos y les dediquen un espacio en sus planes de estudio. Los maestros y los educadores deben ser conscientes de que el “reemplazo rápido e indiscriminado de material impreso, papel y bolígrafo con tecnologías digitales” no está exento de consecuencias en la educación primaria. Si esta transición no se acompaña de herramientas de aprendizaje digital y tecnologías cuidadosamente desarrolladas, podría provocar un retraso en la comprensión lectora de los niños, así como en el desarrollo del pensamiento crítico.

¿Podemos parar un rato y pensar, antes de volver a ponernos en movimiento?

Conviene aquí resaltar algunas de las grandísimas virtudes de estar sentados en casa, tranquilamente, y ponernos a leer.

Leer nos está ofreciendo compañía en horas de dureza: ninguna cuarentena o confinamiento será más largo o más duro que el que sufrió Anne Frank, por no hablar de otras formas incluso más crueles de cautiverio. Conviene decirlo – y celebrarlo–: en nuestro mundo aún podemos leer en libertad.

Leer te da aire fresco y limpio cuando alrededor soplan vientos sucios, de aliento totalitario. Cuando, por poner un ejemplo, algunos se cierran a aceptar o celebrar lo femenino, nos conviene acercarnos a autoras como Virginia Woolf, Elena Ferrante o Vivian Gornick.

Cuando se cierran países, ciudades o regiones y aeropuertos, leer nos hace viajar sin necesidad de reservas, como en *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*, de Selma Lagerlöf, o en los increíbles viajes de Jules Verne. Con sus libros se va a todas partes, incluido el fondo del mar o la mismísima Luna.

Cuando se han cerrado escuelas, podemos abrir las compuertas de la mayor reserva de conocimiento del mundo: una biblioteca o una librería. Con el simple hecho de tomar un libro se abren las puertas del conocimiento. Leer a Roald Dahl es ser libre y feliz.

Cuando se cierran universidades podemos leer a Kapuscinski o Yuval Noah Harari y preparar nuestra mente para afrontar el futuro sin tanto miedo y con el gozo de

quien disfruta pensar y aplicar lo pensado.

Cuando se avería el grifo de saber pensar, podemos leer *Esto es agua*, de David Foster Wallace, y aprender que “lo importante no es pensar, sino elegir en lo que pensar”.

Es curiosa la vida de los libros: siempre están esperándonos, pacientes, silentes, agazapados, agradecidos. Se han fraguado con tanta paciencia y verdad que, sabiéndose contingentes, cuando los empezamos a leer se abren y comienzan a cambiarnos.